

UNA CARTA DE RAFAEL GAMBRA

sobre la "IGUALDAD DE OPORTUNIDADES"

Habiéndose planteado en la revista «Índice» una polémica sobre la «Igualdad de Oportunidades», ha intervenido en ella Rafael Gambra, con una carta dirigida a Pedro José Zabala. Por considerar las ideas vertidas en ella de sumo interés, la reproducimos a continuación:

A DON PEDRO JOSÉ ZABALA

Mi querido amigo:

He visto en *ÍNDICE* su carta abierta, en la que tan radicalmente disiente de mi artículo «El paraíso de la Igualdad de Oportunidades», aparecido en esa misma Revista meses atrás. Debo agradecerle, ante todo, el dictado de maestro con que me honra, tanto más de agradecer cuanto que sus tesis demuestran que no existe tal magisterio ni en la influencia ideológica ni en la emocional.

Quisiera de entrada hacerle dos observaciones, que usted entenderá perfectamente y que interpretaría mal si viera en ellas el menor aspecto personalmente inamistoso. La primera se refiere al carácter parcial que usted, benévolamente, supone en la discrepancia que su carta muestra, discrepancia que sería compatible con una comunidad esencial de pensamiento. Creo, por el contrario, que el desacuerdo es modular, como modular era la tesis de aquel artículo mío y que, desgraciadamente, nos coloca en dos concepciones de la vida humana, de la historia y de la sociedad, más que distintas, opuestas.

La segunda se refiere a la afirmación de que su postura representa la de los jóvenes carlistas de hoy. El correr del tiempo me ha proporcionado la humildad de no identificar mi parecer con el de ningún grupo concreto o histórico de hombres, mucho menos con una mayoría o una totalidad. Es cierto que, al amparo de determinadas circunstancias, bulle hoy un grupo de jóvenes titulados tradicionalistas, que hacen coro más o menos gratuito al totalitarismo ambiental e incluso coquetean con el socialismo por el prurito infantil de aparecer espíritus fuertes y muy de su tiempo. Ello es psicológicamente disculpable en quienes, por su misma juventud, han crecido dentro de una formación socialista o, más bien, nacionalsindicalista. Pero existe también una juventud tradicionalista que se opone a tales posturas y designios por considerarlos la negación de cuanto su adición significa. Y si tal juventud no existiese esto supondría que el tradicionalismo ha dejado de existir entre nosotros, y ello por simple apelación al principio de identidad y de contradicción. Se puede ser socialista (totalitario, tecnocrático o marxista) y se puede ser tradicionalista, pero no se pueden profesar ambas tesis ni hacerlas coincidir, porque aquella representa justamente la culminación de esa actitud antitradicionalista, cuyos orígenes remotos señala usted acertadamente. O, dicho de otro modo: si en el futuro se hiciera una historia completa del tradicionalismo, tales posturas de un prosocialismo tradicionalista no se incluirían jamás en ella, sino más bien en la historia del totalitarismo (capítulo de subproductos) o en la de las incongruencias intelectuales.

Pero dejémonos también de consideraciones previas. Usted me pregunta si es lícita la *planificación* en una obra de gobierno, incluso tradicionalista; si no es posible planificar para la libertad. Yo le respondo que no sólo toda obra de gobierno, sino toda obra humana es por esencia prospectiva, intencional y planificadora en el sentido real y etimológico de este neologismo. Un ayuntamiento, por ejemplo, no cumpliría su misión si no afrontase futuras necesidades mediante la previsión y la elaboración de planes de desarrollo. El poder político —el Estado, como hoy diríamos— habría en un régimen tradicional de prever y de planificar para el bien común y habría de hacerlo todo cuanto le fuera posible dentro de sus límites y atribuciones. Cifrándonos al ejemplo de la enseñanza que usted pone, y ante el hecho de una transformación económica del país como es la industrial, ese poder político podría y debería promover la intensificación, el abaratamiento o gratuidad de la enseñanza técnica o profesional necesaria para proveer los nuevos puestos y funciones; facilitaría con ello la provisión de ayudas y becas que las entidades locales o corporativas con medios propios espontáneamente otorgarían por la necesidad misma de sus miembros.

Pero todo esto nada tiene que ver real ni tendencialmente con el ideal de *Igualdad de Oportunidades*, que consiste, en su cara positiva, en facilitar estatalmente a todo ciudadano el acceso a cualquier cla-

se de enseñanza y profesión, y, en su cara negativa, en anular para él toda influencia vinculadora o directiva de su medio social (familiar, local, corporativo), previa la anulación de esos *medios* o su reducción a asociaciones de individuos sin personalidad ni autonomía, esto es, bajo control y provisión estatal.

Mi respuesta entonces sería ésta: el Estado puede y debe prever y planificar, pero sin traspasar su función, que no es la de organizar una sociedad de individuos teóricos o *desvinculados*, sino la de regir o gobernar una sociedad que contiene en su seno además de individuos, *familias* y *corporaciones* con personalidad, medios y fines autónomos. O, lo que es lo mismo: una planificación que, en nombre de la eficacia y de la técnica, llegue a la situación que supone la Igualdad de Oportunidades —o tienda a ella— no es obra de gobierno, sino de destrucción de cuanto la sociedad posee de más humano, más libre y más estable. Ejemplificando: la patria potestad tiene un fin que es la crianza y educación de los hijos. Para cumplirlo el padre ha de mandar, ha de proveer y ha de someter al hijo a planes de vida y aprendizaje que su previsión le dicte. Sin embargo, un padre cuyo hijo de veinte años cumpliera perfecta y mecánicamente los menores dictados paternos, pero sin sombra de decisión propia y de autonomía personal, revelaría no el cumplimiento de un ideal educativo, sino una extralimitación destructiva, que, por medios violentos o hipnóticos, ha destruido aquello que estaba llamado a preservar y desarrollar.

Estamos —no lo ignoro— en la época de los planificadores totalitarios y su impulso histórico —la *planificación tecnocrática*— está, como usted bien reconoce, sólo en mantillas. Como la *escoba* del aprendiz de brujo no es algo que pueda pararse o contenerse a voluntad: que el poder sólo con *contrapoderes* efectivos (autonomías de la sociedad) puede limitarse, no con abstracciones ni con esquemas ideales trazados en un artículo de revista. La técnica centralizadora se aplica hoy al sugestivo plan de Igualdad de Oportunidades, en el que sólo las condiciones del individuo —su «vocación» (juxtaposición etimológica en un universo técnico!) o su esfuerzo— decidan sobre su inserción en la vida, previa la anulación de toda *contrainte* social o ambiental. Más tarde se aplicará a determinar científica y coactivamente el aprovechamiento de esas oportunidades, sustrayendo su elección a los errores e ineptias del individuo. La psicometría y los medios de adaptación dirigida tendrán en ello un ancho porvenir.

Es cuestión si el espíritu humano y su libertad esencial podrán sobrevivir a estos designios, aun sin contar con las técnicas destructivas que están ya en reserva amenazadora. Ante esta gran corriente histórica, aparentemente irresistible, usted opta por aceptarla como hecho consumado, declarando que sus designios circunstanciales (la «igualdad» en este caso) son *sustancia de la biología histórica y aspiraciones irrenunciables de toda actividad política*. Por mi parte, no soy tan pesimista sobre las posibilidades del espíritu humano y opto por decir lo que pienso, aun con la conciencia de su inutilidad inmediata, con la mira puesta en un porvenir muy remoto y en el cumplimiento de un deber.

Puedo, sin embargo, parecerle injusto al afirmar sin más su adhesión a un determinismo histórico de tipo biológico y, por tanto «irrenunciable». En realidad su método incluye una segunda parte, que es el intento de conciliar esta corriente (socialista planificadora) con el tradicionalismo que explícitamente profesa. Y así supone, en primera instancia, que la técnica planificadora puede ser un simple instrumento al servicio de comunidades históricas como las comarcas o municipales. Pero la planificación implícita en un ideal de la amplitud del de Igualdad de Oportunidades no es sólo un *instrumento*, sino toda una *concepción* política y social, una teoría del hombre mismo y de sus fines. Esta concepción se llama *socialismo*. Para ella las autonomías locales o corporativas, las diferenciaciones históricas en el seno de la sociedad, son obstáculos irracionales llamados a ser abolidos como la mentalidad religiosa para el

marxismo, que la tolera considerándola realidad a extinguir. Se refiere usted a unos decretos recientes, que han reforzado la argolla centralista sobre las corporaciones locales: puedo asegurarle la inocuidad de tales medidas, porque en este terreno ya no hay, por desgracia, nada que destruir: el plan de Igualdad de Oportunidades no cuenta ya entre nosotros con más obstáculo para su realización que la insuficiencia de medios materiales, aparte de algunos debilísimos vínculos de tipo familiar y religioso en los individuos.

Su intento de conciliación tiene, si no lo he comprendido mal, una segunda instancia dinámica: la técnica planificadora en la organización total de la sociedad, por ser real e inevitable, conducirá por sí misma a las formas de vida que propugna precisamente el tradicionalismo: la superación, por arriba, del nacionalismo con integraciones *federativas* de tipo mundial; la aparición, por abajo, de la *región* como unidad funcional.

Esta forma de conciliación es para mí, amigo Zabala, mucho más inverosímil como actitud humana que la primera. Me recuerda a la *chanson de route* de los cristianos progresistas que quieren ver en el progreso de la civilización industrial el cumplimiento de las promesas cristianas... ¿Puede tener para un espíritu tradicionalista el menor interés las futuras concentraciones tecnocráticas del universo socialista ni las regiones o «zonas» que la técnica administrativa u organizadora determine? Sería como interesar a un hombre por su propia muerte en razón de la supresión de dolores y angustias que conlleva.

Acostumbrados los espíritus desde hace un cuarto de siglo a un *mélange abrutissant* como sistema, se da hoy entre nosotros lo que podríamos llamar el redescubrimiento del socialismo y aun del marxismo. Y este brillante hallazgo lo realizan precisamente quienes viven instalados en una plataforma que construyeron el medio millón de compatriotas que murieron en lucha contra cuanto significan y propugnan el socialismo y el marxismo. Así, en el mismo número en que *ÍNDICE* publica su carta, un señor, J. L. Rubio (a quien usted menciona con adhesión), traza las bases de un socialismo supuestamente «de hombres libres» al que en nada objetaría un marxista. Igualdad inicial, medios de producción en manos del trabajo organizado sindicalmente, jerarquía móvil (meramente funcional), función estable... son conceptos todos ortodoxamente marxistas. Supuesto que el socialismo marxista no es una incautación de la propiedad privada por el Estado, sino (teóricamente, al menos) por el pueblo trabajador. Baste conocer el sentido originario del *soviét* o la organización *koljosiána* en la explotación del campo. Las sutiles distinciones por las cuales el socialismo del señor Rubio es bueno y «de hombres libres» y el marxista es malo y contrario a la libertad harían marearse a los más refinados escolásticos del siglo XVII.

Fue Gustave Thibon quien escribió que el socialismo tiene la *fobia del espesor*. Su pasión es desarraigar cuantos vínculos profundos y estables puedan vincular al hombre a su medio o depararle el peso interno de la personalidad, siempre en gracia a una sociedad móvil y maleable regida por normas y mecanismos externos de sentido meramente funcional. Todo aquello que una mentalidad tradicionalista ha reconocido siempre como factor de sociabilidad estable y de una recta dirección de la vida humana es considerado por el socialismo tecnocrático como rémoras del pasado o prejuicios que han de extirparse: el amor a la casa paterna, los ritos y las costumbres, el sentimiento del honor, la lealtad personal, el pudor, la misma fe religiosa... No, no es fácilmente organizable hasta el extremo de la Igualdad de Oportunidades una sociedad erizada de tales «sentimientos ciegos» y «relíquias feudales».

Comprendo sin embargo, que la amplitud del tema no lo hace compatible con la brevedad de un artículo o de una carta. Sé también que cuando una polémica se prolonga el lector normal pierde de vista el texto originario y deja de interesarse por ella. Por esto la considero terminada por mi parte y remito a usted a un libro que me propongo publicar («El precio de la Igualdad»), en el que «El paraíso de la Igualdad de Oportunidades» aparecerá arropado y explicado por otros temas complementarios, que contendrán la respuesta a muchas de las objeciones posibles.

Cuente, al margen de discrepancias, con la amistad y estimación de su afmo.

Siempre n.º 37 - Nov. 63